

**Guadalupe Reinoso
Federico Uanini
Sebastián Di Tomaso
(Eds.)**

Neopirronismo clásico y contemporáneo.

Discusiones en torno
al legado escéptico



Neopirronismo clásico y contemporáneo.

Discusiones en torno al
legado escéptico

Guadalupe Reinoso
Federico Uanini
Sebastián Di Tomaso

(Eds.)

**Colecciones
del CIFYH**



Neopirronismo clásico y contemporáneo. Discusiones en torno al legado escéptico /Guadalupe Reinoso ... [et al.] ; Compilación de Guadalupe Reinoso; Federico Uanini; Sebastián Di Tomaso. - 1a ed - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1817-1

1. Filosofía Clásica. 2. Filosofía Contemporánea. 3. Filosofía Moderna. I. Reinoso, Guadalupe, comp. II. Uanini, Federico, comp. III. Di Tomaso, Sebastián, comp. CDD 199.82

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño gráfico y diagramación: María Bella

2024



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



¿Por qué ser un escéptico?

Un análisis del “privilegio escéptico” en el problema de la identidad personal de David Hume

Rocío Herrera*

Introducción

Durante la modernidad se suscitaron diversas discusiones, una de ellas fue respecto de la identidad personal. Varios filósofos han trabajado esta cuestión de manera directa o indirecta en ese período. David Hume fue uno de los que realizó un análisis crítico de la identidad personal atacando fuertemente la noción de un “yo” sustancial. Este tema fue trabajado en su obra más reconocida, *Tratado de la Naturaleza Humana*¹. Así y todo, las reflexiones de Hume sobre el problema de la identidad personal que encontramos en el cuerpo de su primera obra filosófica no son las últimas palabras que brinda respecto de este tema, en el Apéndice (escrito dos años después del *Tratado*) vuelve sobre problema de la identidad personal y, de hecho, muchos aspectos que habían sido tomados en cuenta en su primera aproximación sobre el tema son nuevamente examinados y revisados.

Hume a lo largo de su pensamiento confesó ser un escéptico, aunque no se reconoció como pirrónico, admitió la importancia de esta corriente para la filosofía en general, pero fue crítico respecto de su concreción. Al mismo tiempo, y por momentos, parece dar su adhesión a un escepticismo más bien académico en algunos pasajes de su primera obra. De hecho, en el análisis que allí realiza de la identidad personal termina refugiándose en un “privilegio escéptico”.

El primer gran problema, entonces, al estudiar la identidad personal en Hume radica en poder determinar qué entiende Hume por escepticismo total o pirrónico (tal como él lo llama). Este escepticismo es aquel que,

1 *A Treatise of Human Nature*, David Fate Norton y Mary J. Norton (eds.), Oxford University Press, Oxford, 2011, vol 1. Hume, D. (2018). *Tratado de la naturaleza humana*. (Traducción y notas de Felix Duque). Tecnos. En adelante citaremos con la abreviatura TNH, indicación de Libro, Parte, Sección, y paginación de la edición de Selby Bigge que aparece al margen de la misma.

* CFFyH, Universidad Nacional de Córdoba; ro.6977@gmail.com

según el autor del *Tratado*, postula una suspensión total del juicio, algo que es imposible para Hume debido a que la naturaleza nos fuerza a juzgar. El filósofo escocés cree que la suspensión escéptica del juicio haría algo semejante con la vida, destruyendo las bases vitales de la existencia misma.

El segundo gran problema es determinar qué tipo de escepticismo es el adoptado por Hume y cuál es el alcance de su “privilegio escéptico”. Algunos estudiosos de su obra han diferido notablemente respecto de esta cuestión. Así, autores como David F. Norton (1987) y Ezequiel de Olaso (1981) lo han calificado como un escéptico académico mostrando las ideas comunes entre el filósofo y esta corriente antigua tales como rechazar una suspensión del juicio, aceptar las probabilidades, etc.; mientras que autores como Robert Fogelin (2009) y Richard Popkin (1993) definen a Hume como un escéptico pirrónico exponiendo los parentescos que existen entre su filosofía y los pirrónicos, tales como seguir creencias naturales en la vida.

Por otro lado, cabe señalar que una de las limitaciones que encontramos al momento de estudiar el problema de la identidad personal es el hecho de que Hume, únicamente, en el *Tratado* realiza un análisis detallado de la creencia del “yo”, específicamente, en la sección VI de la parte 4 del Libro I titulada “De la identidad”. En esta sección el filósofo escocés se dedica a realizar una fuerte crítica a la noción sustancialista del “yo” y continúa su argumentación intentando descifrar los mecanismos que operan en nuestra creencia de la identidad personal.

Si bien en el Apéndice de la obra retoma el problema de la identidad personal, solamente lo hace para volver sobre sus pasos, es decir, busca realizar ciertos ajustes y corregir algunos desaciertos sobre las ideas expuestas en el cuerpo del *Tratado*. De esta manera observa que su explicación sobre la identidad personal es defectuosa y no ve cómo corregir sus opiniones sin caer en contradicciones. Esto lo lleva a solicitar el “privilegio del escéptico”.

A partir de lo expuesto, en el presente escrito tenemos como objetivo examinar específicamente el “privilegio escéptico” en el cual termina refugiándose Hume al analizar el problema de la identidad personal, y si dicho privilegio lo acerca a un escepticismo pirrónico o académico. En el Apéndice del *Tratado*, el filósofo escocés reconoce que se ha encontrado con una dificultad demasiado ardua para su entendimiento (TNH, *Apéndice*, 636) ya que hay dos principios que no puede rendir consistentes sin que pueda

renunciar a ninguno de ellos, a saber: que todas nuestras percepciones son existencias distintas y que la mente no percibe nunca conexión real entre existencias distintas.

Llegado a este punto la pregunta que se nos presenta es ¿Por qué un privilegio del escéptico? Consideramos que para lograr responder esta pregunta debemos realizar un estudio de manera pormenorizada del *Tratado*, algo que excede por completo el presente trabajo. No obstante, pensamos que podemos contar con algunos indicios claves que son relevantes para lograr responder al interrogante partiendo de las intenciones de Hume al escribir el *Tratado* para luego analizar la tan discutida sección VI de la parte 4 del Libro I titulada “De la identidad” y así finalmente observar en el Apéndice porque se refugia en un “privilegio escéptico”.

Problema de la identidad personal

Hume comienza la sección 6 de la parte IV del libro I respecto del problema de la identidad personal argumentando en contra de los razonamientos de:

Algunos filósofos que se figuran que lo que llamamos nuestro YO es algo de lo que en todo momento somos íntimamente conscientes; que sentimos su existencia, y su continuidad en la existencia, y que más allá de la evidencia de una demostración, sabemos con certeza de su perfecta identidad y simplicidad (TNH 1.4.6. 251).

En este pasaje el filósofo escocés inicia su argumentación precisando las tesis que hasta ese entonces se habían aceptado por muchos filósofos sobre el “yo”. En primer lugar, que somos íntimamente conscientes en todo momento de lo que llamamos “yo”, en segundo lugar, que ese “yo” continúa existiendo durante toda nuestra vida y, por último, que el “yo” es simple e idéntico.

El autor del *Tratado* comienza a rebatir estas tesis sosteniendo que muy a su pesar esas afirmaciones son contrarias ya que no tenemos experiencia que pueda dar cuenta de la idea del “yo” de la manera en la que se ha explicado (TNH 1.4.6. 251). Hume va a apuntar su crítica contra la idea del “yo” como algo permanente e invariable por lo que va a preguntar “¿de qué impresión podría derivarse esta idea?” El filósofo se está preguntando

por el origen de la idea del “yo” como algo permanente e invariable. Su respuesta no se hace esperar: “Es imposible contestar a esto sin llegar a una contradicción y a un absurdo manifiesto” (TNH 1.4.6. 253).

La estrategia argumentativa del filósofo escocés para rastrear el origen de la idea se basa en el principio de copia según el cual establece que toda idea se deriva de una impresión. Si aquellos filósofos tuvieran razón debería haber una impresión invariable y omnipresente a lo largo de toda nuestra vida de la que fuéramos íntimamente conscientes en todo momento. No obstante, no tenemos una impresión que sea constante e invariable. No hay una impresión simple que le corresponda y en consecuencia no tenemos una idea del “yo” concebido de esa manera. En palabras de Hume:

Si hay alguna impresión que origine la idea del yo, esa impresión deberá seguir siendo invariablemente idéntica durante toda nuestra vida, pues se supone que el yo existe de ese modo. Pero no existe ninguna impresión que sea constante e invariable. Dolor y placer, tristeza y alegría, pasiones y sensaciones se suceden una tras otra, y nunca existen todas al mismo tiempo. Luego la idea del yo no puede derivarse de ninguna de estas impresiones, ni tampoco de ninguna otra. Y en consecuencia, no existe tal idea (TNH 1.4.6. 251-252).

Con respecto al pasaje citado anteriormente es importante destacar que cuando Hume afirma que “no existe tal idea” quiere decir que no tenemos idea alguna del “yo” en la manera en la que se ha explicado, es decir, no tenemos idea del “yo” como algo permanente e invariable. De ninguna manera quiere decir que no tengamos ninguna idea del “yo”, sino que lo que afirma es que no contamos con una impresión simple e idéntica a lo largo de nuestra vida que pueda dar origen a esa idea.

En lo que sigue de su razonamiento Hume va a preguntarse “¿en qué tendrían que convertirse todas nuestras percepciones particulares, si existiera una impresión que dé origen a la idea del yo?” Las percepciones son diferentes, distinguibles, separables y pueden existir por separado, no necesitan de nada que sostenga su existencia ¿Cómo podrían, entonces, pertenecer al yo y estar conectadas entre sí? Hume responde esta pregunta basándose en la experiencia.

Cada vez que uno penetra en lo más íntimo de lo que llama su “yo” tropieza constantemente con una u otra percepción particular ya sea de felicidad o tristeza, de enojo o calma, de orgullo o vergüenza. En ningún momento podemos atraparnos a nosotros mismos sin una percepción, y jamás podemos observar otra cosa que la percepción (TNH 1.4.6. 252). El autor del *Tratado* intenta mostrarnos que solo tenemos percepciones. Nuestra experiencia nos informa que contamos únicamente con distintas percepciones ya sean de alegría o tristeza, de enojo o calma pero no podemos de ninguna manera “atraparnos” en una sola percepción y no podemos observar nada además de las percepciones.

Si algunos metafísicos se aventuran a afirmar luego de una ardua reflexión que tienen una noción diferente de *sí mismo*, lo cierto es que no se les puede seguir en su razonamiento. Hume no tiene ningún inconveniente en reconocer que ellos puedan llegar a percibir algo simple y continuo a lo que llaman su “yo”, pero él sabe con certeza de que no existe en él tal principio (TNH 1.4.6. 252). Cabe señalar en este punto que el filósofo escocés no está afirmando que podemos encontrar tal percepción, en realidad está indicando la incapacidad para seguir esos argumentos de determinados metafísicos.

El siguiente paso de Hume en su razonamiento va a ser explicar “¿Qué es lo que nos induce con tanta intensidad a asignar identidad a estas percepciones sucesivas, y a creernos en posesión de una existencia invariable e ininterrumpida durante toda nuestra vida?” (TNH 1.4.6. 253). La experiencia lo único que nos enseña es que podemos concebir una colección o haz de percepciones distintas que acaecen entre sí con una celeridad extraordinaria que está en constante flujo y movimiento (TNH 1.4.6. 252). El “yo” no puede ser captado en una única percepción, por el propio dinamismo de las percepciones, estas varían, cambian, no hay nada que permanezca inalterable siquiera por un instante.

La mente es un haz de percepciones sucediéndose unas a otras con una gran rapidez que están en constante movimiento en un perpetuo flujo, en ella no hay simplicidad en ningún momento ni identidad en dos momentos diferentes; podríamos compararla con una especie de teatro donde las distintas percepciones comparecen, se presentan de forma sucesivas, aparecen y se desvanecen, se mezclan infinitamente. No existe simplicidad en un tiempo, ni identidad a lo largo de distintos momentos (TNH 1.4.6. 253).

La metáfora que nos ofrece el autor del *Tratado* del teatro tiene sus dificultades, principalmente porque al pensar en el teatro no solo se nos viene la idea del escenario y una sucesión de escenas, sino que también pensamos en los asientos, en el público, en los actores/actrices, en los elementos que componen el teatro, escenario, luces, sonidos, guion, etc. Al usar esta metáfora nos está mostrando la necesidad de tener que admitir algo más que un mero haz de percepciones, es decir, un “yo” que observa esa sucesión de percepciones. No obstante, afirma que la comparación del teatro no debe confundirnos ya que únicamente aquello que constituye la mente son las percepciones, de manera tal que no tenemos ninguna noción de la locación en que se representan las escenas, ni mucho menos de los materiales de que están compuestas (TNH 1.4.6. 253).

Apéndice del *Tratado de la Naturaleza Humana*

Dos años después de publicado el *Tratado* añade un Apéndice en el cual reconoce que sus opiniones respecto de la identidad personal son inconsistentes y que no sabe cómo corregirlas. De modo que pasa a solicitar el “privilegio del escéptico” y confiesa que esta dificultad es demasiada ardua para su entendimiento (TNH, Apéndice, 636). La pregunta que nos surge a partir de su confesión es ¿Por qué la insatisfacción con sus conjeturas?

Para responder a la pregunta es imprescindible comenzar por el inicio. En el Apéndice del *Tratado* el filósofo escocés busca realizar ciertos ajustes y enmendar algunos errores sobre las ideas expuestas en los tres libros de su obra. Sus primeras palabras sostienen que cualquier hombre que reconozca sus errores e intente corregirlos muestra la competencia de su entendimiento y la sinceridad y franqueza de su carácter (TNH, *Apéndice*, 623). Hume pronuncia, entonces, entre otras cuestiones, su “insatisfacción” sobre lo reflexionado acerca de la idea de identidad personal. Esto ha llevado a muchos de sus estudiosos a un amplio debate y discusión. No es el objetivo del presente apartado analizar de manera pormenorizada las reflexiones que los estudiosos han esbozado al respecto, si no exponer las dificultades con las que el filósofo escocés se encuentra y si esto lo lleva a desembocar en un escepticismo.

El autor del *Tratado* después de advertir que durante un tiempo tuvo esperanzas de dar una explicación congruente del “mundo intelectual” se

da cuenta de que esta se encuentra atestada de contradicciones y absurdos. Por lo que, para lograr un adecuado análisis del problema, plantea reconstruir los argumentos a favor que lo llevan a negar la identidad y simplicidad del “yo” (TNH, *Apéndice*, 633).

Hume comienza su argumentación contra la noción de sustancia, recuperando su crítica expuesta anteriormente en el cuerpo del *Tratado*. Si los filósofos refieren a una idea particular del “yo” que es la de una sustancia simple esta debe derivarse de una impresión precedente. Sin embargo, no hay una impresión simple que le corresponda y en consecuencia no tenemos una idea del “yo” concebido de esa manera (TNH, *Apéndice*, 633). A continuación, expone cómo podemos concebir la existencia de las percepciones como independientes y desligadas de cualquier otra existencia sin absurdo o contradicción alguna, y que esto es suficiente para evidenciar que aquellos que pretendan ofrecer una demostración de lo contrario simplemente se engañan a sí mismos.

Cuando reflexionamos sobre nosotros mismos, nunca podemos concebir ese “yo” sin una o más percepciones, no podemos percibir otra cosa que no sean las percepciones; por tanto, la composición de estas son las que conforman el “yo” (TNH, *Apéndice*, 634). Hume sostiene así el carácter compuesto del sujeto, es decir, el “yo” no es una sustancia simple sino un conjunto de percepciones conectadas entre sí. No tenemos, entonces, una noción accesible de “yo” que sea equivalente a la de sustancia porque no tenemos ninguna noción comprensible de sustancia. Por lo tanto, la teoría sustancialista del “yo” no puede sostenerse satisfactoriamente.

Al defender la existencia distinta y separada de las percepciones, Hume encuentra que su explicación (al querer dar cuenta del principio que enlaza a las percepciones y nos hace atribuir al conjunto simplicidad e identidad) es deficiente ya que el entendimiento no es capaz de descubrir conexión real entre las existencias distintas. Solamente sentimos una conexión al pasar de un objeto a otro (TNH, *Apéndice*, 635). Al no poder observar ninguna conexión real entre las percepciones, podemos sostener que la mente es un conjunto de percepciones que están mutuamente conectadas, pasando de unas a otras que inclinan a la imaginación a creer que se encuentran realmente unidades.

Una vez recapitulado y evaluado sus conclusiones con respecto al problema de la identidad personal llega a una amarga confesión: “Todas mis esperanzas se desvanecen cuando paso a explicar los principios que enla-

zan nuestras sucesivas percepciones en nuestro pensamiento o conciencia” (TNH, *Apéndice*, 636) ya que hay dos principios que no puede rendir consistentes sin que pueda renunciar a ninguno de ellos, a saber: que todas nuestras percepciones son existencias distintas y que la mente no percibe nunca conexión real entre existencias distintas.

Para Hume tenemos dos posibilidades que nos permiten responder de forma tajante este problema. La primera opción que nos plantea sostiene que la naturaleza de la mente es una sustancia simple, en la cual se da una inherencia, y los pensamientos son entendidos como accidentes. No obstante, si no es una sustancia simple, la única manera que tenemos de garantizar una perfecta y simple unidad es a través de una conexión real entre las percepciones que podamos observar y las reúna en una simple idea de identidad personal. No existe ninguna otra opción según lo expuesto por el filósofo escocés. Por lo tanto, al mostrar que ninguna es consistente no puede encontrar una solución al problema planteado es así que apela a su “privilegio escéptico” y confiesa que es una dificultad demasiado ardua para su entendimiento.

En otras palabras, Hume expone su insatisfacción al querer explicar los principios que enlazan nuestras sucesivas percepciones en nuestro pensamiento y encuentra dos alternativas para poder solucionar el problema. La primera opción nos plantea pensar la posibilidad de que las percepciones tengan como sujeto de inhesión algo simple e individual. La segunda opción nos propone la posibilidad de que exista una conexión real entre las percepciones. Si algunas de estas opciones tuvieran lugar no habría ninguna dificultad. No obstante, para el filósofo escocés, por lo expuesto anteriormente, ninguna opción es viable es así que el problema planteado no tiene solución y solicita el “privilegio del escéptico”.

Llegado a este punto la pregunta que se nos presenta es ¿Por qué un privilegio del escéptico? Para lograr responder esta pregunta debemos recordar que en la Introducción del *Tratado* ya nos muestra que debemos mantener un espíritu empirista y de investigación frente a los temas a estudiar, siempre con una actitud cauta y precavida. Precisamente sobre aquello que no tenemos una experiencia directa no podemos pronunciarlos de manera terminante.

A partir de esto consideramos que Hume apela al privilegio escéptico porque le permite preservar esa actitud filosófica crítica y abierta sin caer en un dogmatismo. Es un privilegio porque nos permite mantener una

postura crítica y continuar con nuestras investigaciones evitando así la aceptación de supuestos infundados. Hay algunas cosas (al menos por el momento) que no podemos conocer y no corresponde realizar una aseveración sobre eso ya que podemos desembocar en el dogmatismo. Tenemos que mantenernos dentro de los límites de nuestra experiencia y no formular hipótesis que pretendan dar cuenta de la naturaleza última de las cosas. Esto ya nos había indicado, incluso, al comienzo de su obra:

Me parece evidente que, al ser la esencia de la mente tan desconocida para nosotros como la de los cuerpos externos, igualmente debe ser imposible que nos formemos noción alguna de sus capacidades y cualidades [...] es con todo cierto que no podemos ir más allá de la experiencia; toda hipótesis que pretenda descubrir las últimas cualidades originarias de la naturaleza humana deberá rechazarse desde el principio como presuntuosa y quimérica (TNH, *Introducción*, XXI).

Por lo tanto, consideramos que sobre cuestiones metafísicas no podemos elaborar afirmaciones que den cuenta de su naturaleza última, con respecto al análisis de la identidad personal resulta necesario acercarnos con modestia y cautela. Sin realizar aseveraciones concluyentes que inhabiliten la investigación. El punto a desarrollar en el siguiente apartado es si este privilegio escéptico al que acude Hume lo acerca a un escepticismo pirrónico o académico.

Hume ¿Pirrónico o Académico?

La discusión en torno al escepticismo en la filosofía de Hume ha sido material de estudio y discusión entre sus lectores. Al momento de analizar particularmente el problema de la identidad personal, como mencionamos al comienzo del trabajo, observamos que nos encontramos con dos problemas principalmente. El primero radica en poder determinar qué entiende Hume por escepticismo total o pirrónico (tal como él lo llama) y el segundo problema es determinar qué tipo de escepticismo es el adoptado por Hume y cuál es el alcance de su “privilegio escéptico”. Hume a lo largo de su pensamiento confesó ser un escéptico, aunque no se reconoció como pirrónico, admitió la importancia de esta corriente para la filosofía en general, pero fue crítico respecto de su concreción. Al mismo tiempo,

y por momentos, parece dar su adhesión a un escepticismo más bien académico en algunos pasajes de su primera obra. Como hemos expuesto en el análisis que realiza de la identidad personal el autor del *Tratado* termina refugiándose en un "privilegio escéptico". A continuación, indagamos si dicho privilegio lo acerca a un punto de vista pirrónico o académico.

El escepticismo pirrónico es aquel que, según el filósofo escocés, postula una suspensión total del juicio, algo que es imposible para Hume debido a que la naturaleza nos fuerza a juzgar. El autor del *Tratado* cree que la suspensión escéptica del juicio haría algo semejante con la vida, destruyendo las bases vitales de la existencia misma. El principal defecto de esta doctrina es que solo puede ser mantenida en palabras, pero jamás en actos, esto es, una vida conforme a los principios pirrónicos es imposible. Cualquiera que intentara vivir de acuerdo con la suspensión pirrónica del juicio moriría debido a la inacción. La filosofía nos tornaría completamente pirrónicos, si no fuera la naturaleza demasiado fuerte para eso (TNH 1.4.1. 187). Aunque si bien es cierto como indicamos anteriormente que Hume no se reconoce como pirrónico admite la importancia de esta corriente para la filosofía en general y para su forma de escepticismo en particular.

La principal objeción del filósofo escocés al pirronismo es que resulta imposible vivir de acuerdo con los principios pirrónicos. La suspensión universal del juicio imposibilita la acción e implica una total letargia. Por suerte, la naturaleza nos obliga a creer, tanto como a respirar e impide la suspensión del juicio, permitiendo nuestra acción en el mundo (TNH 1.4.1. 271). Sin embargo, si nos atenemos a lo que ha expresado el pirronismo antiguo, debemos admitir que la suspensión del juicio es en realidad utilizada para atacar al dogmatismo y, a su vez, que esta corriente de pensamiento llama juicio a aquello que versa sobre cosas ocultas, por lo que la suspensión del juicio es respecto a lo oculto y no sobre los objetos que se nos presentan (HP I, 13-14)².

El principio básico del pirronismo es la oposición de discursos entre sí, el método de la antinomia. El pirrónico es aquél que tiene la habilidad de producir para cada discurso un discurso contrario igualmente persua-

2 *Esbozos Pirrónicos* (1993). Seguimos la edición de Gredos. Citamos de la siguiente manera: en primer lugar, HP, seguido del número de libro, seguido por la línea correspondiente. *Contra los profesores* (1997) se citara AM seguido del número de libro seguido por la línea correspondiente.

sivo, de tal forma que ambos se anulen y se produzca la suspensión del juicio. La razón humana sería capaz de argumentar convincentemente a favor de cualquier tesis dogmática. Así, los pirrónicos entienden que la razón es muy fuerte, ya que obtiene con frecuencia nuestro asentimiento al producir un discurso coherente, articulado y bien argumentado. Sin embargo, como es igualmente posible argumentar a favor de la tesis opuesta, la razón muestra su debilidad, ya que mutuamente se destruyen las doctrinas que ella misma construyó.

El escepticismo pirrónico se caracteriza, entonces, por la suspensión del juicio; frente a la imposibilidad de preferir una entre varias opiniones acerca de un mismo asunto optan por suspender el juicio. El escéptico ha definido esta situación con el término de *epokhe*, dadas dos opiniones dispares sobre un mismo tema no encuentro el modo de preferir racionalmente una a otra. La equipolencia nos muestra que no hay posibilidad de elegir si hay uno verdadero o falso. Una vez suspendido el juicio, por azar, puedo llegar a la ataraxia, a la tan ansiada tranquilidad (HP I, 8-10).

Para los pirrónicos el asentimiento a la verdad de una representación o la creencia de que uno posee la verdad sobre las cosas en sí mismas, no es necesaria para la acción o la conducta en la vida “pues, como también antes dijimos nosotros no abolimos las cosas que conforme a la representación (*phantasia*) pasiva, nos llevan involuntariamente al asentimiento, como también dijimos anteriormente, y esos son los fenómenos” (HP I, 19) Por otro lado, el pirrónico reconoce que para actuar necesita de un criterio pero no necesita ser un criterio de verdad, que pretende regular la ciencia según la realidad o irrealdad del objeto.

El criterio pirrónico para la acción es el fenómeno, el pirrónico seguramente no moriría de inactividad ya que su naturaleza, que le da un cuerpo con determinadas capacidades y tendencias, lo lleva a actuar de cierta manera. La suspensión del juicio, por lo tanto, no se aplica respecto a esos fenómenos (o representaciones) que se imponen a nosotros y que nos arrancan el asentimiento. Así, la creencia pirrónica es un asentimiento involuntario, irrecusable y sin intensidad, como un dejarse llevar por lo que aparece ante nosotros y no podemos sino aceptarlo como tal.

Si comparamos la creencia pirrónica con la humeana, entonces, podemos constatar semejanzas y diferencias. Entre las semejanzas podemos identificar que las dos creencias se imponen con una irrecusabilidad o involuntariedad. La creencia pirrónica, al igual que la creencia humeana, es

pasiva, se impone a nosotros, es un fenómeno irrecusable y no se refiere a una realidad más allá de lo que se muestra a nosotros. Aunque también es cierto que podemos constatar algunas diferencias, por ejemplo, para el filósofo escocés las características fundamentales de la creencia son la fuerza, intensidad e inclinación, mientras que la creencia pirrónica solamente es el reconocimiento de cómo las cosas le aparecen.

Ahora bien, Hume empieza su filosofía de modo optimista, con la confianza de que su investigación lo llevará a producir una teoría verdadera sobre determinados asuntos que se propone investigar. Y, quizás también como el escéptico, el resultado de su investigación no sea exactamente la verdad que al principio buscaba sino algo distinto. Aunque, de un lado, Hume no llegue a la suspensión del juicio ya que reconoce que la creencia es inevitable. Por otro lado, parece admitir que no hay verdad alcanzable sobre la esencia de las cosas o un conocimiento de las cosas en sí mismas. Tanto en un caso, como en el otro, estaríamos limitados al dominio de los fenómenos, lo que mostraría ciertas semejanzas importantes entre Hume y los escépticos pirrónicos.

Ahora bien, por otro lado, podemos notar cómo el escepticismo académico es caracterizado por su teoría probabilística que posee tres niveles. El nivel más básico en el cual puede llamarse probable una representación aislada, dependiendo de la fuerza y vivacidad con que nos la representamos. El segundo nivel considera la coherencia entre las representaciones, aumentando el grado de convicción que tenemos en ellas. En el tercer nivel de probabilidad ponemos a prueba cada una de las representaciones para ver si resisten nuestro escrutinio (AM VII, 176-183).

Una de las primeras afinidades que podemos encontrar entre Carneades (representante del escepticismo académico) y Hume es la importancia que ambos atribuyen a la idea de intensidad o fuerza de las representaciones. Para Hume una creencia es "una idea vivaz relacionada o asociada a una impresión presente" (TNH 1.3.7.161) Tanto Carneadas y Hume entienden la creencia en términos de la intensidad de las representaciones: es la fuerza y vivacidad de una representación lo que hace que la aceptemos, que la consideremos como verdadera. Una característica importante de la representación es su intensidad y fuerza.

Otra semejanza que observamos es que para ambos la suspensión del juicio es un problema que atañe a la acción y así debemos enfrentarlo; por lo demás, la solución de este problema se encuentra en la noción de

creencia. Sin las creencias no se puede vivir, tenemos que seguir la naturaleza. Y como anteriormente hemos expuesto, para Hume la naturaleza por una necesidad absoluta e incontrolable nos determina a realizar juicios del mismo modo que a respirar y a sentir.

El refugio escéptico

Una vez examinadas las diferencias y similitudes del escepticismo pirrónico y académico con respecto a la filosofía de Hume podemos observar las cercanías que existen con cada uno de los escepticismos. Mientras algunos estudiosos como Norton (1987) y Olaso (1981) lo han calificado al filósofo escocés como un escéptico académico debido a ciertas similitudes que pueden encontrarse entre ellos. Otros, en cambio, entre los que podemos nombrar a Fogelin (2009) y Popkin (1993), lo asocian más estrechamente al escepticismo pirrónico. Esto resalta también lo ambiguo y oscuro de la actitud de Hume con respecto al escepticismo. Los intérpretes que invocan con autoridad los textos humeanos sobre el escepticismo pueden sustentar sin inconsistencia, posiciones irreconciliables. Esta diversidad de perspectivas ilustra también los malentendidos que pueden surgir sobre el tema.

Sin embargo, en el análisis previo, pudimos identificar que Hume comparte ciertas similitudes con ambas corrientes. Por un lado, su rechazo a la suspensión del juicio y un énfasis en la importancia de la fuerza y vivacidad de las representaciones lo asemejan al escepticismo académico. Por otro lado, las semejanzas con el escepticismo pirrónico son igualmente notables, por ejemplo, podemos identificar cómo la creencia se impone a nosotros con irrecusabilidad o involuntariedad. Así también es posible observar cómo el filósofo escocés y la corriente pirrónica mantienen un espíritu de investigación frente a los temas a estudiar, con una actitud cauta y precavida, aunque el resultado de su investigación no sea el esperado en un comienzo.

Así también debemos recordar que si bien Hume critica al escepticismo pirrónico debido a que según él la suspensión del juicio imposibilita la acción lo cierto es que el pirronismo antiguo utiliza la suspensión del juicio para atacar al dogmatismo y llama juicio a aquello que versa sobre cosas ocultas, por lo tanto, la suspensión del juicio es respecto a lo oculto. A raíz de estas observaciones podemos notar que en el problema de la

identidad personal el autor del *Tratado* termina refugiándose en un “privilegio escéptico” porque le permite o le da la posibilidad de no realizar afirmaciones concluyentes frente a cuestiones abstrusas. Resulta por tanto indecible la naturaleza última del problema de la identidad personal, no es posible diseñar un criterio que resuelva de modo definitivo y acabado el problema. No obstante, esta actitud escéptica no lo paraliza ni lo lleva a renunciar a sus investigaciones. Por el contrario, le permite continuar con sus indagaciones manteniendo una postura crítica y de búsqueda constante. Esta moderación y cautela en la formulación de hipótesis reflejan su intención de evitar caer en el dogmatismo. En el *Apéndice* la aproximación de Hume al problema de la identidad personal al ser cauta y precavida le permite construir con gran cuidado y poder de síntesis lo principal del esquema argumentativo del cuerpo del *Tratado*. Esto denota su actitud moderada y renuncia a precipitarse en afirmaciones dogmáticas.

A partir de lo desarrollado sostenemos que el interés principal del *Apéndice* es resaltar con mayor insistencia su conclusión escéptica. Sin renunciar a intentar esbozar una explicación acerca de la identidad personal, advierte ciertos límites que lo hacen dudar sobre la posibilidad de alcanzar una respuesta definitiva. Debemos avanzar con mayor sospecha y desconfianza con respecto a aquellas aproximaciones filosóficas que pretenden dar cuenta de la naturaleza última de las cosas.

El filósofo escocés reconoce, entonces, la importancia de acercarse con cuidado al problema de la identidad personal ya que identifica las limitaciones de su explicación:

Sin embargo, al revisar con mayor rigor la sección dedicada a la identidad personal, me he visto envuelto en tal laberinto que debo confesar no sé cómo corregir mis anteriores opiniones, ni cómo hacerlas consistentes. Si ésta no es una buena razón general en favor del escepticismo, al menos para mí representa una suficiente razón (por si no tuviera ya bastantes) para aventurar todas mis conclusiones con desconfianza y modestia (TNH, *Apéndice*, 633)

El autor del *Tratado* nos muestra su perplejidad al volver a enfrentar el problema de la identidad personal. A pesar de sus esfuerzos no encuentra cómo hacer consistentes sus opiniones. Aunque no afirma que haya abandonado sus opiniones reconoce los límites de su explicación. Frente a

estas dificultades asume una actitud modesta y desconfiada. Esto demuestra su cautela y su disposición a no hacer afirmaciones que desemboquen en un dogmatismo.

Sin embargo, como indicamos anteriormente, esto no clausura el camino para continuar investigando. Aunque el objetivo de Hume (construir una ciencia empírica de la naturaleza humana) sea muy distinto al del escepticismo pirrónico (examinar críticamente los discursos producidos por los seres humanos que aparentan ser verdaderos) y no llegue a la suspensión del juicio. No podemos dejar de lado la actitud filosófica crítica y abierta de búsqueda constante compartida de ambos, evitando así la aceptación de supuestos infundados.

El “privilegio escéptico” en el que se refugia Hume es un lugar de resguardo, pero también una puerta abierta a la exploración filosófica constante. En su cautela y moderación el filósofo escocés nos enseña la importancia de no precipitarnos en hacer afirmaciones tajantes, reconociendo la complejidad inherente a los problemas filosóficos y la necesidad de continuar investigando en busca de una comprensión más profunda. Esta actitud nos exhorta a mantener siempre nuestra curiosidad para inquirir en los problemas más inherentes de nuestra naturaleza humana.

Referencias

- Fogelin, Robert, J (2009). *Hume's Skeptical Crisis a textual study*, OUP, Oxford.
- Hume, David (1992). *Tratado de la naturaleza humana*, edición de Félix Duque, Madrid, Tecnos.
- Hume, David (1992). *Investigación sobre el conocimiento humano*, traducción, prólogo y notas de Jaime de Salas Ortueta, Barcelona, Alianza.
- Norton, David Fate (1982). *David Hume: Common-Sense Moralist, Sceptical Metaphysician*, Princeton, Princeton University Press.
- Olaso, Ezequiel de (1977). “La crisis pirrónica de Hume”, *Revista Latinoamericana de Filosofía*, Vol. III, N° 2, julio, pp. . 131-143.

Olaso, Ezequiel de (1981). *Escepticismo e ilustración. La crisis pirrónica de Hume a Rousseau*, Venezuela, Universidad de Carabobo, pp. 1-100.

Popkin, Richard (1992). «Viejo y nuevo escepticismo» en *Filosofía y sistema*, Laura Benítez y José A. Robles (comp.), UNAM, México.

Popkin, Richard (1993). «Sources of Knowledge of Sextus Empiricus in Hume's Time», *Journal of the History of Ideas* Vol. 54, Pp. 137-141

Sexto Empírico (1993). *Esbozos Pirrónicos*. Gredos.

Sexto Empírico (1997). *Hipotiposis pirrónicas*. Akal.

Sexto Empírico (1997). *Contra los profesores*. Gredos.